
el folclor que yo viví

OLGA FISCH

El texto que reproducimos corresponde al capítulo: Quito, Escuela de Bellas Artes, del libro autobiográfico de Olga Fisch, El Folclor que yo viví, publicado por el CIDAP en el año de 1985.

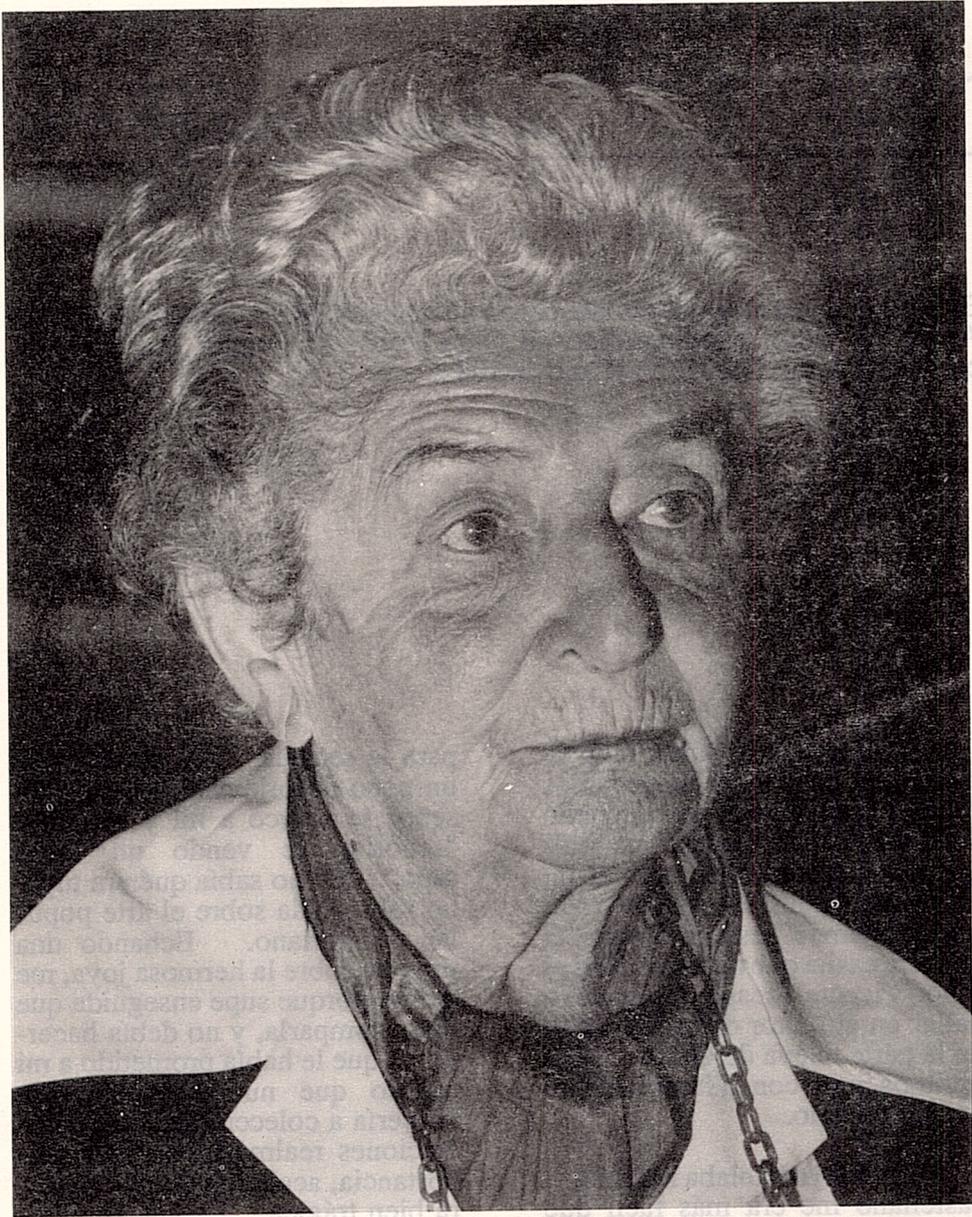
19

"Llegamos a Quito, el 2 de junio de 1939. Nos hospedamos en el Hotel Viena, un pequeño hotel en la calle Flores, que realmente no era de lujo, pero sí un techo sobre nuestras cabezas. Allí nos quedamos hasta encontrar la primera casita que de casualidad el señor Vicente Crespo nos ayudó a hallar en el sector de la Mariscal, en la parte nueva de Quito. Aquí vivimos junto con la familia de mi hermano Pablo.

Como yo hablaba italiano, el castellano me era más fácil que para el resto de la familia; por eso un día, dándome veinte sucres, me encargaron comprar alimentos

para la semana. Iba por la calle un poco desorientada, cuando un señor se acercó a mí y me dijo: "señorita, le vendo un lindo tupo". Yo no sabía qué era tupo, no sabía nada sobre el arte popular ecuatoriano. Echando una mirada sobre la hermosa joya, me aterró, porque supe enseguida que iba a comprarla, y no debía hacerlo, ya que le había prometido a mi esposo que nunca en la vida volvería a coleccionar. Dos colecciones realmente de gran importancia, acabaron de una manera bien trágica. La una en Hungría, a donde habíamos llevado las cosas preciosas de nuestros viajes, se perdió durante la

20



Olga Fisch
+ 30 de diciembre de 1990

segunda guerra mundial, y no quedó ni un pedacito. La otra, que estaba formada por objetos voluminosos, como puertas de gran tamaño y piezas de cerámica, la habíamos enviado desde Casablanca a Trieste donde vivíamos, también desapareció. El barco que la transportaba se hundió.

Así que como habíamos tenido mucha mala suerte con esto de las colecciones, le hice una promesa a mi marido de que no coleccionaría más y hasta le juraba: "Pierde cuidado, nunca más".

Pero el bueno del viejo Valenzuela, insistía: "Señorita, este tupo es muy lindo, sólo veinte sucres." Yo me dije: "apártate satanás, ándate lejos de aquí, no quiero ni ver ese maravilloso prendedor".

Valenzuela vio que la víctima estaba a punto de caer, y no se apartó. Entonces le dije: "No estoy interesada, déjeme en paz". "Pero señorita, veinte sucres no más". Y el tupo era realmente lindo, de Otavalo, de esos grandes labrados con aguja y una piedra de color. Por fin, pensé que la mejor manera de librarme de él era ofreciéndolo poco y dije: "Diez sucres le doy". Claro, la compra se realizó.

Con Valenzuela me encontré muchas veces en la feria de Otavalo y él con voz alta para que los turistas le oyeran decía: "Ya con la señora Olguita nos

conocemos por cuarenta años". Dando importancia a nuestra amistad tan grande y antigua, aumentó de 10 a 20 años más. Al final nos unía una amistad de 50 ó 60 años haciéndome de 100 y más años. Con su muerte perdí mi más antiguo amigo.

Adquirí el tupo y con esto mi promesa se rompió. Fue la primera pieza de arte popular ecuatoriano en mi nueva colección.

Apenas nos establecimos en el Ecuador, comenzamos a viajar para conocer el país. No teníamos auto, así que lo hacíamos en bus o en carros de amigos.

Una vez pasamos por Baños del Tungurahua hacia el Puyo. Admiramos el lugar, con sus aguas termales, sus hermosos paisajes y sus plantaciones de caña de azúcar. Naturalmente, como en todas partes a donde iba, empecé a pintar, y pinté y dibujé todo el tiempo. (Aún guardo estos dibujos tan queridos y viejos). Observé que un señor estaba detrás de mí, mirando como pintaba.

Habló conmigo y me preguntó quién era. Le dije que habíamos llegado al Ecuador hacía poco tiempo. "Soy pintora y estoy fascinada de ver los diferentes tipos humanos sobre todo los indios" añadí. Era Pedro León, pintor de renombre y director de la Escuela de Bellas Artes de Quito. Me preguntó si aceptaría un puesto como profesora allí. Yo, muy

contenta le dije que bueno y poco después empecé mi carrera docente. La Escuela de Bellas Artes quedaba en el Parque de la Alameda, en un edificio medio en ruinas. Me rompía la cabeza pensando de qué época podría ser esta ruina, porque no era colonial ni precolonial, ¿qué era esto?. Pero sólo se trataba de una mala arquitectura, que no la habían podido terminar por falta de fondos.

A cierto nivel, digamos después del primer piso, le pusieron zinc como techo, y lo dejaron así, funcionando la parte baja, que estaba ya construida. Delante del edificio había una pequeña laguna (que existe todavía), donde se alquilaban botecitos para remar.

Cada mañana cuando llegaba a la Escuela, la señora que alquilaba los barquitos me saludaba siempre: "Buenos días señora, cómo ha amanecido usted". Al otro lado del puente, había otra persona, que vendía aguacates, ella también me preguntaba: "Cómo ha amanecido, señora". A la entrada del edificio estaba Manuel (el conserje de la Escuela), él también me decía: "cómo ha amanecido, señora". Hasta que, al fin ya me sentía cansada de tanto "amanecer".

Las clases eran muy interesantes por la gente tan especial que asistía a ellas, rica muestra de tipos humanos de lo más variado.

Las clases se volvían pintorescas a veces. (De repente teníamos que usar paraguas, ya que la

lluvia entraba por el techo no terminado). Muchos de mis alumnos que hoy son ya gente mayor, eran brillantes. Algunos son arquitectos, otros pintores conocidos, y hubo también algunos que no sé donde se perdieron.

Tengo muchos recuerdos de esta época. Conocí a mis colegas y alumnos y compartí su vida y costumbres, e incluso aprendí de ellos las primeras canciones populares. Con Jaime Andrade, con Elvia y Leonardo Tejada, Oswaldo Guayasamín, artistas sobresalientes, tengo hasta hoy amistosas relaciones. Casi podría decir que tras entrar en la Escuela, entré en la vida más íntima del país.

Dando clases en la Escuela de Bellas Artes, ganaba la fabulosa suma de doscientos cincuenta sucres mensuales (18 dólares en esa época) y me sentía en posibilidad de coleccionar.

Empezamos a adquirir piezas arqueológicas. No tenía idea de la arqueología, mucho menos de la arqueología local, pero me sentía atraída por la belleza de un plato Carchi o de una figura de La Tolita, pero, repito, no sabía nada, solamente me dejaba llevar por la belleza del objeto.

También me acuerdo de las dos primeras figuras coloniales que compré, una de San Joaquín y la otra de Santa Ana, las conseguí en Guano, a donde iba

con una amiga, porque había oído que allí tejían alfombras. Estaba empezando a interesarme la artesanía ecuatoriana, y en Guano vi cómo la trabajaban. Tenían una buena técnica, pero los diseños eran débiles. Allá compré esas dos figuras coloniales al alto precio de sesenta sucres, confiada siempre en mi gran entrada eco-

nómica, además, mi marido también empezó a trabajar. Para los hombres era más difícil encontrar trabajo, pero él pudo hacer un poco de plata, ya que con mi hermano fundaron la Siderúrgica Ecuatoriana, que luego habría de ser una gran empresa con otros dueños." ●

